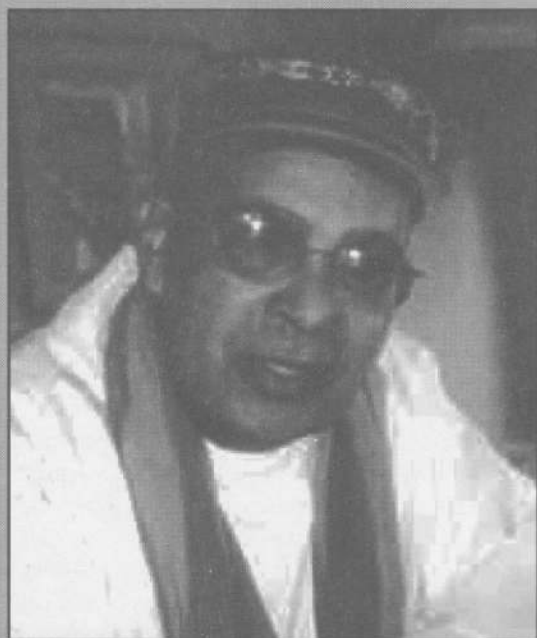


El amor que fecunda la tierra, las aguas y el universo.



Por Marcelo Barros

Marcelo Barros es monje benedictino de la comunidad de Goiás V, Brasil. Fue secretario y consejero de Don Helder Câmara, arzobispo de Olinda y Recife, para ecumenismo y relación con otras culturas y religiones. Fue fundador, junto a Carlos Mesters, del Centro Ecuménico de Estudios Bíblicos en Brasil y consejero nacional por más de 25 años de la Pastoral de la Tierra y de las Comunidades Eclesiales de Base. Es miembro de la Comisión Teológica Latinoamericana de la Asociación Ecuménica de los Teólogos del Tercer Mundo (ASETT).

Marcelo Barros es el asesor invitado al 16° Encuentro de Reflexión Mons. Angelelli, a realizarse en Córdoba del 4 al 7 de agosto de 2008.

Hasta aquí, la humanidad se comportó como si la tierra fuese siempre y automáticamente fecunda y el agua fuese un bien inagotable. Por su parte los científicos advierten: el estado de la Tierra es tal que si no ocurren cambios significativos, dentro de pocas décadas, la propia vida en el planeta Tierra estará amenazada. Actualmente, hay una crisis mundial del agua. Varios pueblos viven un estrés hídrico y decenas de conflictos internacionales tienen al agua como elemento provocador. El no acceso a la posesión democrática de la tierra, así como el uso que se hace del agua revela el carácter injusto y predatorio del sistema económico mundial y manifiesta también si vivimos una espiritualidad verdaderamente ecuménica y ecológica.

De hecho, el mundo tiene alimentos suficientes para saciar el hambre y para garantizar vida saludable para todos los seres humanos existentes en la Tierra. Lo que impide el acceso de todas las personas a la comida y a los medios necesarios a la vida es el sistema

económico del mercado capitalista, reproducido en la última década por estrategias de globalización financiera especulativa. Ese sistema —que Pablo VI llamaba de “nefasto” (*Populorum Progressio*, 26) — se mantiene y domina el mundo por medio del compromiso de los gobiernos y de los ejércitos de los países dominantes con sus intereses que hacen que un pequeño grupo de la humanidad controle y consuma la mayor parte de las riquezas producidas. La concentración de la renta mundial en estos países, fruto de siglos de dominación colonialista y también de otras estrategias de dominación internacional, como las diferentes tasas de intereses sobre los préstamos que constituyen las deudas externas, lleva esa minoría a un consumismo que significa, en la realidad, un desperdicio inhumano de productos y energía.

Los pueblos de América Latina tienen el derecho a que los obispos católicos y los responsables de la pastoral den un mensaje claro que testimonie el compromiso de la Iglesia con la Tierra, el Agua y la vida de todo ser



Foto: Hugo Mamani

vivo. La historia del continente revela que la mejor forma de garantizar la defensa ecológica de la Tierra, del agua y de todos los seres vivos, es asegurar el justo derecho de los pueblos indígenas, de las comunidades negras y de agricultores a la posesión democrática de la tierra.

Tierra, sacramento divino para toda la humanidad

No sirve defender la ecología si no se ataca una de las mayores causas de la destrucción del planeta: el latifundio, uno de los más graves problemas del continente Latinoamericano. Desde el tiempo de la colonia, cuando los conquistadores tomaron de los pueblos indígenas la posesión de sus tierras, el latifundio continúa siendo una de las más graves causas de la desigualdad social, del éxodo rural que hace crecer nuestras ciudades y de la pobreza que, en América Latina, viene aumentando mucho en los últimos años.

Desde los años 60, en países como Brasil, Ecuador, Chile y México, varios Obispos católicos han denunciado la injusticia en el campo y pedido una justa reforma agraria, basada en el derecho común a la tierra.

En 1980, la asamblea general de la CNBB (Conferencia de los Obispos Católicos de Brasil) aprobó el documento "Iglesia y Problemas de la Tierra". El documento trata del agravamiento de la violencia en el

campo, apoya la presencia y actuación de la Pastoral de la Tierra y propone una reforma agraria justa y pacífica. La mayor contribución de este documento es la distinción hecha entre *tierra de trabajo* y *tierra de explotación*. *Tierra de explotación* es la propiedad destinada al enriquecimiento continuo por medio de la explotación de los trabajadores o por medio de la especulación (64). Por otro lado, *tierra de trabajo* es la tierra poseída por quien en ella trabaja (65). Muchos conflictos de tierra son provocados por la propiedad capitalista de tierra de explotación.

En toda América latina, el sistema neoliberal se fundamentó y volvió al capital y al mercado valores absolutos. El campo se volvió escenario de la agroindustria. La agricultura mecanizada y dirigida a la exportación domina áreas agrícolas inmensas. Es responsable por la expulsión del labrador de sus tierras de sobrevivencia. Concentra la propiedad agrícola, amenaza la agricultura familiar que garantiza la provisión de las ciudades y la alimentación del pueblo, destruye bosques, contamina ríos y ataca la naturaleza. Con excepción de Cuba y Venezuela, la política oficial de la mayoría absoluta de nuestros países se subordina a los dictámenes implacables de este sistema y está estrangulando nuestros pequeños agricultores y los trabajadores en general, tanto de la ciudad, como del campo, e imposibilitando su sobrevivencia.

Al mismo tiempo, desde 1994, uno de los hechos sociales que más marcaron la realidad latinoamericana

fue la reorganización de movimientos indígenas y organizaciones campesinas. Casi como un milagro divino, en medio de tantas dificultades, en diversos países se fortalecieron organizaciones de trabajadores y de pueblos indígenas. Por presión social, varios países tuvieron que reformular sus constituciones reconociendo el destino social de la propiedad de la tierra y garantizando el derecho de las comunidades indígenas y negras a sus tierras ancestrales las cuales necesitan para vivir dignamente. Al contrario de los que opinan que la reforma agraria no tienen sentido en la realidad de hoy, (por causa de la aceleración rápida de la urbanización que vivimos), casi todos los estudiosos del tema están convencidos de que la reforma agraria es una solución justa, necesaria y posible para una buena parte de los problemas que afectan nuestros países, inclusive beneficiando profundamente los sectores urbanos.

Un desafío muy serio es que las Constituciones necesitan de leyes complementarias para ser puestas en práctica y los Congresos, formados, en su mayoría, por representantes de las clases distantes, no han posibilitado la ejecución de estas leyes justas. En casi ningún país, la reforma agraria pacífica y realizada de acuerdo con la Constitución se ha llevado a cabo. En Venezuela, en el 2001, cuando se completaban 40 años de la ley de reforma agraria que nunca se cumplió, el presidente de la República promulgó el *Decreto Ley de Tierras y Desarrollo Agrario* retomando el principio bolivariano de que la "tierra es por derecho de quien en ella trabaja". En el 2003, el mismo presidente legisló el derecho de los pobres que viven en los barrios y en los montes de las ciudades de la tierra urbana en la cual efectivamente viven.

Es urgente que los pastores católicos y todas las personas hambrientas y sedientas de justicia procuren conocer más la realidad de las personas que viven de la tierra, y se solidaricen con ellas, apoyando sus justas luchas y reivindicaciones. Que las personas de fe formen con la parte más sana de la humanidad un gran frente para combatir el gran ídolo de hoy, el mercado capitalista-financiero y, juntos, podamos construir una sociedad cimentada en la solidaridad. Es necesario retomar el concepto de que sobre toda propiedad, pesa una hipoteca social, enseñanza varias veces repetida por el papa Juan Pablo II. Así como, durante décadas, hasta el final de los años 90, la postura profética del Obispo Samuel Ruiz y de los agentes de pastoral de la diócesis de Chiapas fue fundamental en el apoyo y defensa de la vida de los indios y sus familias, toda Iglesia latinoamericana está llamada a vivir este servicio profético de comunión con las comunidades tradicionales del continente y con la tierra, las aguas y la vida del planeta, hoy, amenazadas.

Agua, sacramento del amor maternal de Dios

Cada vez más aumenta el número de personas en el mundo entero preocupadas por la crisis del agua que amenaza el planeta. Muchos libros y artículos revelan la dimensión preocupante de la crisis del agua en el mundo. Diversos foros internacionales dedicados al agua han constatado que, en el mundo, cada dos personas, una vive en casa sin drenaje y no cuenta con agua potable a menos de un kilómetro. Cada año, seis millones de pobres, de los cuales cuatro millones de niños mueren de enfermedades ligadas a aguas contaminadas. Esta situación no ocurre porque la Tierra tiene poca agua. La cantidad de agua que el planeta tiene daría para satisfacer a todos los seres humanos. La distribución del agua por diversos continentes y regiones del mundo es muy desigual y hay regiones muy necesitadas, pero el problema de fondo no es éste. De acuerdo con las investigaciones, quedan más o menos 9000 kilómetros cúbicos de agua dulce, recurso hídrico renovable, a disposición de la humanidad. Se trata de una cantidad más que suficiente para abastecer una población de 20 billones de personas. La tierra tiene actualmente seis billones de habitantes. Mientras que, la cantidad de agua disponible no cambia, el consumo humano se multiplicó casi por diez, en el último siglo. Y la humanidad ha dilapidado los bienes hídricos de tal forma, que la cantidad de agua disponible se ha revelado insuficiente y tiende a disminuir cada vez más" 2.

Muchas religiones de la naturaleza como cultos indígenas y negros siempre consideran al agua como señal e instrumento del amor divino. Durante siglos, las iglesias cristianas acusaron a estas religiones de ser pan-teístas o animistas y eso hizo que los cristianos nunca procuraran aprender con ellas el profundo respeto y veneración por la naturaleza como expresión del amor divino. Sólo en estos últimos años, las iglesias comenzaron a despertar a la urgencia del cuidado del agua y a la necesidad de luchar para que la humanidad entera pueda tener derecho al uso del agua necesaria en la vida. En los últimos años, este tema ha aparecido en documentos eclesíásticos."

Con relación a la Ecología

La Biblia nos recuerda que el compromiso ecológico de los cristianos no va en sentido de un preservacionismo ingenuo que piensa dejar la naturaleza intocable o sin cualquier acción humana. Además de irreal, tal posición negaría la vocación humana de "pastorear celosa y cariñosamente por toda la creación divina".

Desde la Conferencia de la ONU para el Ambiente, en

Río de Janeiro (Río 92), se volvió consenso decir que, en el mundo, la especie más amenazada es el ser humano, concretamente, los más pobres, amenazados por dolencias y principalmente por la pobreza injusta.

Todo compromiso ecológico, para ser justo y profundo, debe anclarse en la opción fundamental e incondicional por los pobres y excluidos.

La relación amorosa con la Tierra está profundamente ligada a la causa de la dignidad de la mujer y de las relaciones de género. La destrucción de la naturaleza fue causada por la sociedad patriarcal. La lucha por la defensa de la naturaleza está, entonces, unida a la defensa de la mujer y de la igualdad de géneros.

Con relación a la cuestión de la Tierra

Esta opción por los pobres debe concretizarse en el compromiso con una reforma agraria que respete la diversidad de cada región y supere el poder del latifundio y del agro-negocio.

Relacionar reforma agraria y reforma urbana. Estimular la unión de los movimientos populares en el campo y en la ciudad.

Defender el derecho a la tierra de los pueblos de la floresta, pueblos tradicionales, comunidades indígenas, negras, quilombos, ribereños, poseedores, extractores de minerales, de látex, etc.

Defender el respeto por las culturas milenarias, poblaciones y conocimientos de pueblos tradicionales.

Combatir la privatización de los bosques y de los recursos naturales.

Con relación a la crisis del Agua

Para defender el medio ambiente y la biodiversidad, es importante que todos nosotros promovamos la democratización y la preservación de las fuentes de agua, que restablecen la vegetación cercana a las fuentes de los arroyos, ríos y lagos.

Preservar las cuencas hidrográficas, lagos, represas, canales naturales, ríos, manantiales, dunas, manglares, ciénagas, la fauna y la flora.

Respetar la cultura ribereña y fortalecer la pesca artesanal.

Defender que el agua sea considerada un Patrimonio

de la Humanidad (gratuita y accesible para toda la población).

Promover la producción de alimentos saludables, limpios, sin veneno.

Defender la diversidad cultural de la vida en el campo.

Defender la cultura medicinal popular tradicional y preventiva (curanderas, etc.)

Concluyendo esta reflexión

Todas estas medidas necesarias y que el pueblo cristiano de América Latina espera que la Iglesia Católica asuma como compromiso ético tiene una raíz fundamental: la espiritualidad. La contribución específica del cristianismo para la defensa de la Tierra, de las Aguas y de todo ser vivo se basa en la comunión con el Espíritu de Dios, presente y actuante en el universo.

Es importante que, en todas las comunidades y en nuestra vida personal, integremos la relación amorosa con la Tierra, las aguas y todo ser vivo en la oración y en la relación con Dios. Nos integramos, así, en la gran comunidad de la creación divina para alabar al Espíritu Creador.

Un documento cristiano del siglo II decía: **"Ves a tu hermano y tú me verás. Levanta una piedra y ahí estoy yo".-**

Textos de **Marcelo Barros** extraídos de: *El amor que fecunda la tierra, las aguas y el universo. Tierra, agua y ecología*. Ed. Indo American Press Service Ltda. Bogotá, Colombia, Junio de 2006. Páginas 417-435.

Notas:

1. Aquí algunos: PETRELL, Ricardo, *O Manifesto da Água*, Vozes, 2002.

ROMANO FILHO, Demóstenes et alii, *Gente cuidando das Águas*, Belo Horizonte, Mazza Ed, 2002.

CAÏS, Marie-France ; DEL REY, Marie-José ; RIBAUT, Jean Pierre, *L'Eau et la Vie*, Paris, Ed. Charles Leopold Mayer, 1999.

SIRONNEAU, Jacques, *L'Acqua, Nuevo Obiettivo strategico mondiale*, Trieste, Asterios Editore, 1997.

BARROS, Marcelo, *O Espírito vem pelas Águas*, Ed. Loyola-Rede da Paz, 2003.

2. DINUCCI, Manlio, *Il Sistema Globale*, Bologna, Ed. Zanichelli, 1998, p. 282.